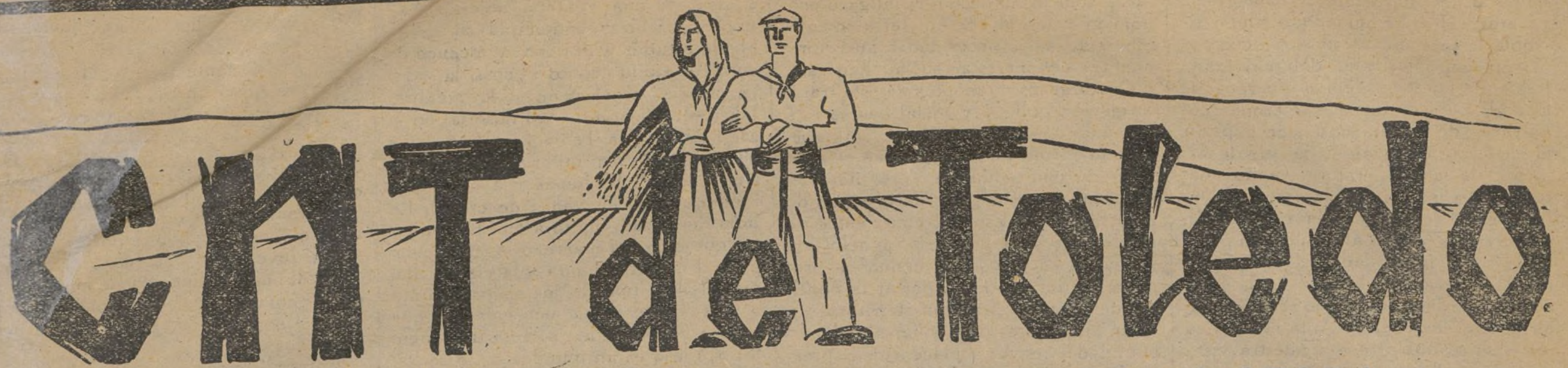


Resistir es vencer. Para resistir es preciso voluntad y fe en las libertades de un pueblo



ORGANO DE LA FEDERACION PROVINCIAL

AÑO II

Núm. 38

Drón. y Admón.
Mayor, 1-OCAÑA

SEMANARIO

Número suelto 15 céntimos

|30 de julio de 1938

Hacia una próxima guerra mundial

Evidentemente, la situación por la que atraviesa el mundo es más delicada de lo que a simple vista parece. Se hacen cálculas diariamente por aquellos que temen una guerra en proporciones gigantescas, y ven muy claramente justificadas las conductas de Inglaterra, Francia y demás democracias, ahondando serenamente en la herida en que se encuentran Abisinia y España—particularmente España—, donde el dolor, el espíritu de la tragedia, se abraza estrechamente a sus libertades proletarias. Todo el que no sea un iluso o un cobarde podrá sacar una consecuencia evidéntisima. La guerra mundial es inevitable. Lo mismo Italia que Alemania tienen ya unos intereses creados en nuestro suelo patrio, que son el objetivo de sus ambiciones imperialistas.

Cierto que Italia soñaba hace muchos años con el dominio del Mediterráneo, sabiendo certeramente que Inglaterra tenía en su poder esa llave tan apreciada, candado que cierra el Peñón de Gibraltar. Evidente que Alemania ansiaba Ceuta, precisamente atalaya que domina abiertamente Gibraltar, ante el asombro de Inglaterra. Las minas de España, su arte y su historia, su extensión de terreno, enormemente productivo; todo esto, unido en sí prometía ser espléndido botín para esos dos Estados fascistas. Esto lo sabían los generales traidores, principalmente Franco, que a raíz de su ascenso a ge-

neral (1926) entró en relaciones, por medio de su teniente ayudante Tien, con el Estado Mayor del ejército alemán. Todos los sueños de grandezas que se anidan en cerebros humanos, conducen desgraciadamente a los pueblos o a la gloria o a la miseria. Para llegar a esta gloria de bombo y platillo se necesita, además de ser un suicida, ser un elegido por el azar. Ni Hitler ni Mussolini están en condiciones de llegar a la cúspide de la fama. Son dos titereros, degenerados que se vanaglorian del respeto que les tienen los pueblos democráticos.

Puesta la situación crítica que estamos viviendo en las posibilidades que la lógica siempre impone, tenemos que reconocer que la vida del fascio internacional está en eminente peligro. Ni

Inglaterra ni Francia pueden seguir jugando con la sagrada libertad de España, ni puede estar el Mediterráneo en poder de Italia, ni Ceuta en manos de Alemania. Ni siquiera pisar la pezuña invasora el puerto de Valencia, para lo cual Norteamérica señala a Francia un peligro que es necesario evitar.

En estas condiciones, que no tienen lugar a duda, la situación ha cambiado grandemente, y lo corrobora las frases de Roosevelt en el Pacífico: «Esta flota que dirigís y conserváis es nuestra, y factor tangible del sentimiento que en vosotros predomina constantemente de que tenemos que defender nuestro país. Aunque estamos pasando para ello y las circunstancias nos obligan a mayor y más poderosa preparación, he de hacer constar que los Esta-

dos Unidos están dispuestos a acoger favorablemente y a estimular y alentar toda tentativa que se haga hacia la extinción general de todos los armamentos mundiales. Esa restricción es la paz, y los Estados Unidos quieren la paz».

Como se desprende de estas palabras pronunciadas por el alto representante de Norteamérica, hay que preparar se lo mejor posible para una guerra, que bien puede conducir a una frontera y estable paz, pero que es imposible detener la guerra que está en marcha y que pudieran haber evitado desde un principio, si a Inglaterra, principalmente, no le interesara la pulverización de Alemania e Italia. Esta es la verdad palmaria, y el que al parecer ha puesto el cascabel al gato, ha sido España, venero de sacrificios, con ese aire peculiar que la caracteriza: la sencillez y la serenidad.

Una jornada triunfal para el Ejército Popular

Los soldados del pueblo cruzan el Ebro por distintos puntos, entre Mequinenza y Amposta, apoderándose de Mora de Ebro, Flix, Ascó, Pinell, Fatarella, Ribarroja, Venta de Campesines, Benisanet, Mirabets y Corbera, dominando las serranías que circundan todos estos pueblos.

Se recoge un considerable número de material de guerra, capturándose más de cuatro mil prisioneros.

Se combate duramente en las proximidades de Gandesa y Villalba de los Arcos.

Aun cuando la aviación italogermana actúa con gran intensidad, las columnas españolas continúan su avance, persiguiendo a las unidades extranjeras, que huyen a la desbandada.

Cuando el Gobierno español acaba de entregar la respuesta al plan de retirada de extranjeros de España, aceptándole noblemente, nuestros soldados avanzan heroicamente con el pensamiento puesto en Levante.

CUADRO DEL MOMENTO

Una

pregunta a tiempo
sobre la gloria militar
del generalísimo Franco

JUAN ESPANOL.—¿Y tú sabes cómo tan rápidamente hizo la carrera militar ese traidorzuelo de Franco?

MOHAMED-SIDI.—Tú ya sabes que para ascender en campaña es suficiente tomar constantemente cerros, montes y colinas.

JUAN ESPANOL.—¡Evidente!

MOHAMED-SIDI.—Pues nada, chico...; cerró los ojos, y a tomar se ha dicho.

En la capa de Peribáñez

Tiene un verde limón.
en su mano peregrina
esta niña, como el lirio,
cuando llegó a Piedraescrita;
verde la corteza recia,
que aprieta su manecita,
mientras sus verdes ojillos
picaramente me miran.
Se abre el limón prestamente
como corazón que expira
en la pasión de la pena,
que el limón también suspira
y murmura cuando se abre,
y solloza cuando acida
la mano que le apretuja,
la mano que le asesina;
pero esta vez el suspiro
es como rocío en la vida,
porque al llegar a los labios
de la sonriente niña,
resbalan perlas de agua
agrias, dulces y exquisitas,
que se relame con gracia
la boca roja y chiquita,
como si el zumo gustase
de los labios de la niña.
Al pasar frente al poema,
que este pueblecillo brinda,
oigo decir a una vieja:
—¡El demonio de la chica!...
¿Pues no se ha «llevo» el limón
que para el refresco había?
La muñeca le responde:
—¡Como tanta sed tenía,
le besé con estos labios
para hacerle esta sangría!

Fausto GRAT

Por tierras de Castilla EL CRANEO VACIO

En esta alta meseta castellana el sol calcina los rostros de los campesinos toledanos, y las espigas claman bajo la tónica sumisa de sus cabezas inclinadas al deseo ardiente de su sacrificio en aras del vivir humano. Camino de Noblejas sentimos en nuestros cuerpos las punzadas hirientes del ponderado Febo en nuestros débiles cuerpos de ciudad. Los continuos e interminables vaivenes de la ruta nos hace departir el malestar del viaje y la subida ardiente de la temperatura. Como contraste, y a un lado de la carretera, en formación de vanguardia e imitación de guerrillas prestas al avance tan pronto la señal fuese dada, el campesino toledano aguanta el calor de la hora al ritmo de su rudo trabajo secular. Son las cuatro de la tarde. Ante la plástica real que se nos ofrece a nuestra vista renegamos de nuestras palabras anteriores. ¡El campesino no siente el calor! Siega y siega, porque ha comprendido su histórica misión de la hora trágica que vive España. Su curbinado cuerpo soporta con estoicismo innato el afán abrasador del dios Febo. Suda el campesino, pero suda bajo la sonrisa feliz de su premiado sacrificio. La cosecha es sagrada; pero es sagrada sin tricornios negros que la vigilen, sin señoritos enclenques y demacrados que en jaca y látigo en mano azuzaban al mártir paria del agro segase y segase sin descanso, aun a trueque de que las gotas de sudor que corrían por su tostada piel de campesino humillado fuesen acompañadas de otras de sangre que brotaban de lo más recóndito de su alma, como colofón dantesco a tanta villanía humana.

Así se coge la cosecha en 1938. ¡Cuánto difiere de aquel en que Doval hizo del campesino español el Iscariote humilde de los campesinos andaluces!

Llegamos a Villarrubia de Santiago. Preguntamos a unas compañeras en la calle, y todas tienen para nosotros la misma respuesta:

—No hay nadie. Están los pocos que hay trabajando en el campo. Los mozos están en Levante, en Andalucía, allá en Cataluña, defendiendo a la República y las tierras que ahora son suyas y que antes eran de un señorito que sólo veían una vez al año.

—Vendrán—les insinuamos.

—Sí, pero tarde.

Cuando el sol ha traspasado los umbrales del monte alto y el ocaso cierra la jornada, como si se debilitasen sus refulgentes rayos solares, el campesino deja la faena agobiado también por el propio peso de su mayúsculo e interminable sacrificio. ¡He aquí su obra! Los Sindicatos campesinos, varíos. ¡Llegan tarde! Las palabras de una compañera del campo son como el campo mismo: anchas y largas de alma, pero secas y rudas como aldabonazos a las conciencias de los nuevos señoritos ficticios y desconocedores del sentir ideológico de nuestra sacrosanta contienda. Recuerdo el paseo de la Castellana, donde niñas cursis todavía se sientan a tomar el «vermuth» cara al sol, con el objeto ridículo y soez de tostarse la piel para estar a tono con una moda estúpida, provocativa y llena de lascivia que, por no sé qué arte de birlibirloque, escapan a esa propaganda de la mujer al trabajo, mientras aquí, en el cogollo vivo de la realidad campestre, se ven a compañeras trabajar, mientras sus compañeros e hijos regatean al criminal invasor los trozos sangrantes de nuestra mártir España.

Hablamos con el compañero Escobar. Dadas sus condiciones de profesión, es el único que por fin podemos encontrar en el pueblo. Las palabras convergen a nuestras preguntas sobre la vida del campesino en los actuales momentos, y que ratifica con palabras encendidas y llenas del calor que siente por nuestra causa antifascista.

—La vida del campesino—nos dice el compañero Escobar—ha sufrido una transformación de honda conceptualización mora y material; unos, que esclavos y sumisos padecían el latigazo económico y moral de un terrateniente, inherente a las necesidades más apremiantes del malestar social, han sabido calibrar los momentos de esta transformación política y social que se está operando en nuestra España, para que, de una forma cerrada y tajante, pero llena de una sabiduría aprendida del momento, se opongan a la invasión de nuestra invicta España, conscientes de su deber patrio y de sus anhelos de justicia. Los otros, los pequeños propietarios, tenían que soportar la política de la gran fracción territorial, y veían sus operaciones sujetas a la voluntad del mayor almacenista o prestamista sobre la recolección de las cosechas. Han reconocido también su injusta inhibición política en cuantos regímenes anteriores se refiere. Hoy, ante la situación real de la España leal, garantizándoles lo que en justicia viene a ser patrimonio de los auténticos trabajadores, son, a no dudarlo, auténticos defensores de la República y enemigos irreconciliables del fascismo.

Después, Santa Cruz de la Zarza y Villatobas, la ancha sabana castellana nos muestra ahora magníficos viñedos en florecientes perspectivas de alumbramiento; el camino es estrecho y guarda forma con las actuales características del momento; sus hondonadas y prolongadas curvas parecen trincheras. El pueblo nos muestra idénticas características del anterior y sucesivos; los tejados mugrientos de sus habitantes humildes parecen decirnos el orgullo airoso y galleante de los campesinos de Castilla, reconocedores de un alto deber cumplido para con la República y la producción en los actuales momentos de honda tragedia. Las sombras de la noche proyectan, a través de sus fatigosos cuerpos, las figuras rudas y sanas del campesino sobre las primeras tapias del poblado.

Esto es acelerar la producción. ¿Hacen así ciertos obreros de la ciudad? Preciso sería verlo para poder contestarlo.

F. CEPEDA

Toledo y julio.

AUN EXISTEN MAESTROS DE ESCUELA EN LA PROVINCIA DE TOLEDO QUE SE ENTRETENEN EN HACER LA VIDA IMPOSIBLE A LOS OBREROS CONSCIENTES. MIENTRAS TANTO, LOS NIÑOS QUE ESTAN BAJO SU ENSEÑANZA SE ENTRETENEN EN TIRAR PIEDRAS A LOS PAJAROS. SEÑOR GOBERNADOR DE LA PROVINCIA: RECOJA ESTA INFORMACION MICROSCOPICA

Minas de Santa Quiteria

En este pueblito toledano enclavado por los hombres, donde la miseria tiene necesidad de atenuar los hogares entre tierra, chapas de cinc y pedruscos; donde los seres viven desnudos y descalzos; con muchos rotos, los que aun tie-

nen alguna vieja ropa sobre carnes, llenas de zurdos las almas y agujereadas las esperanzas; en este pueblito que destaca en este instante, existe una conciencia de clase ejemplar. Sus more-

nas mujeres, llenas de hijos, ilusiones proletarias, tienen frases cálidas repletas de rebelías y ajustadas siempre al momento genial que vivimos. Pueda ser que sus manos no estén muy limpias, ¡pero jabón tienen en el alma y en el corazón!

Releyendo ayer noche la genial obra de Goethe, «Fausto», di en una lámina que me sugirió este artículo. El viejo doctor, hondamente preocupado, se apoya en una ventana abierta a la noche, mientras contempla su desdichado estudio. Allí tiene, al alcance de su mano, todo cuanto es en sí la vida: la ciencia, el ensueño y la mentira. Ha profundizado en la Filosofía, en la Medicina, en la Teología, y aun sigue reconociendo su miseria frente a la fría realidad. Redomas y alambiques; líquidos rojos en venas de cristal. La bola del mundo junto a un libro abierto, que dice del macrocosmos; la ciencia del universo unida a la ciencia del mal. (El galope de los siglos). Junto a un reloj de arena, una calavera que mira a Fausto, que exclama débilmente: «¡Y eso es un mundo, y eso se llama un mundo!»

La ciencia, dentro de este hombre, le hacía creerse un destello de Dios. Sobre un montón de libros y papeles creía haber tenido la vida, y sólo había conseguido envejecer lejos del amor y de la Naturaleza. Estaba en su miserable agujero tan cerca de los gusanos como lejos de la verdad, y ante su impotencia como hombre comprendió que todo se mueve por medio de la obra universal en todas sus actividades hasta llegar a su natural consumición. Y lee en el «Eclesiastés»: «Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor».

Y cobarde y viejo, creyéndose en poder del infierno y del diablo, levanta en su diestra la copa de cristal con el líquido mortal. ¡Jesucristo ha resucitado! Ya se levantó entre los hombres que rompen sus cadenas de la esclavitud. Y piensa que Jesucristo es el hombre inmolado por el hombre y que sucumbió por su ideal ante la sinrazón de los corderos del rebaño humano; y le ve resucitar en los cerebros de los hijos de la fe terrenal.

¡Ah! Fausto, en poder de la religión, aun cree oír campanas y coros de ángeles; y su ciencia, su sabiduría aun reza, sin pensar siquiera que el sol, alumbrando los mundos, da vida a todo lo existente, y que Dios está en el hombre cuando lucha, trabaja y ama.

Cuando sale a la ciudad, el viejo doctor, del brazo de su discípulo Wágnner, ve a la multitud invadiendo la vida después del trabajo, y cree en ella. Pide para su caduco cuerpo juventud y sol.

En este instante parece ser que mis manos se posan inconscientemente sobre la calavera que mira al endiablado Fausto, y mirando tristemente su cráneo vacío, exclamo: «Aquí está la vida. No es nada después de existir. No está, que estuvo». Y ante la razón que es la suprema fuerza del hombre, la calavera me ha revelado todo cuanto se puede revelar sin una palabra. El origen y el fin. Allí tiene en su mesa Fausto la geometría y las matemáticas. El mundo es redondo, y de veinte me llevo dos.

Entre mis manos, el cráneo vacío me va hablando muy lentamente: «¿Sabes, misero moral, a qué ser perteneces? ¿No puede estar en mí quien nos habló en Jerusalén o quien nos inmoló en Roma?»

Puede haber sido el César, Napoleón o Juan Valjean; Nante, Colón o Gutenberg. Pensé y existí; amé y luché. Y, ¿sabes que fui el mal toda mi existencia? ¿Y si tienes en tus manos la calavera de Adán? Puedo haber sido el genio o el carácter; la mansedumbre o la esclavitud; la idea o la luz; la envidia o el crimen. En tu poder me tienes, si es que existe el poder, y estás analizando «nada» en mi cráneo. Di a Fausto que en poder del diablo conocerá el amor y a la mujer; que Margarita, simbolizando a la mujer, hallará en el seno de la iglesia su condición de sierva al hombre. Adivina, mortal, si reí o lloré; si fundé pueblos o crucé mares, guiado por la mano del judío Syloch. Acércate a esa ventana que se abre a la tenebrosa noche y mira a lo lejos. Allá, en la inmensidad del ocaso humano, donde todo es polvo, donde se confunde el genio con la ignorancia, el bien con el mal, sólo perdura, al nacer el nuevo día —existe—, el sol, que es la idea; el grandioso resplandor gigante, que activa lo que existe sobre la tierra. Ahí se acaba todo el oro y todos los egoísmos, que como no existe un fruto que no se pudra antes de madurar no existe nada eterno. Allí, el dictador se pudre como los demás seres. Y si el esclavo azota el cráneo con su cráneo, sonarán téticamente las dos calaveras, que no dirán nada un día al que las dió con el pie inconscientemente al pasar. Quede el secreto en mí de que no sabes quién fui.

Y leo en la página veinticuatro: «Ya has destruido el hermoso mundo con tu poderosa mano».

Sobre el escrito papel veo cruzar, sonriente, la máscara de un hombre que me grita: «Soy un semidiós».

Le contemplo serenamente. Es Musolini. ¡Ah! Eres el orgullo humano; sueños de gloria y de grandeza; falsa divinidad momentánea que camina a la Estigia de lodo y sangre, maldecido por el trabajo y el ideal. No eres nadie, gusano humano. Ni siquiera hermoso, porque no tienes alma. ¿Crees que en medio de la tempestad que agita a mi España puedes tú ser el rayo? ¡Insensato! Y cerrando el puño de mi siniestra mano le aprisiono y le arrugo lo mismo que un guñapo. Le deposito en el cráneo vacío de la calavera de Fausto. ¿Quién eres ahora, desdichado? Un vil gusano que no puedes nada. ¡Miserable! Y cierro el libro y escribo: El cráneo vacío.

L. E.

VISADO POR LA CENSURA

EL COLOR COMO VIDA

Por LUIS ELVIRA

Llegó el instante de contestar al compañero combatiente del frente de Seseña—rostro moreno, ojos azules, valor y bondad—. Seguramente que al leer las presentes líneas de tinta, recordará estas frases suyas en la tranquilidad de la tarde, al pie de unas estribaciones pardas.

—¿Ves cómo el color de la tarde se cae por el torrente de la luz?... Y en el color negro de la noche se dormirán todos los colores de la vida; en ese negro de la noche que es un manto a veces con broches de plata, con caricias de estrellas, anhelos de amor, ensueños dormidos... No creas que soy poeta. ¿Quieres tú decirme lo que es el color como vida?

No pude contestarte aquella hermosa tarde. Han pasado otras muchas sin que llegase la contestación que esperabas, pero al cabo del encanto que prendiste en el camino de mi frente, escribiendo me encuentro sobre el color como vida. La tentación me envuelve en una interrogante; acaso sea superior a mí mismo el correr de la pluma sobre el alma de papel, ya que el color de la tarde amarilla descansa sobre una luz alegremente abierta, pero te debo este trabajo y a escribir se ha dicho.

El color como vida puede tener muchas interpretaciones. Bien podemos hallarle sintetizado en una perla, en una lágrima, en una leve mirada. Puede estar la esencia del color en la música, en la poesía. En la pintura estará siempre el color perenne del arte, interpretado como vida; más bien podremos dar con él en la Naturaleza.

En la genial luz plateada que cae sobre las abultadas haldas de «Las Meninas», de Velázquez, en el contraste sereno que este encanto de plata hace con el color de canela tostada que inmortaliza el cuadro, puede encontrarse el color como vida; también podríamos hallarle en el gris de poesía, grandiosidad de cera con tonos rojos, que muestra «El entierro del conde de Orgaz», pero me atrevo a volver a insistir que no es este color como vida a que se refería mi compañero combatiente. Yo vi que le cegaba la luz del sol, las perlas del espacio, que caían suavemente sobre la parda tierra después de haber sido rayos. Y comprobé que el recuerdo hacía mucho más morena su frente y que un pensamiento se cruzaba en sus ojos abiertos a su misma pregunta. No era el arte quien bullía en su mente torturada de hombre soñador. Creía en la vida precisamente junto a la guerra; tanto es así que al marcar me su voz el negro de la noche, vi agigantarse en mi interior, con la sombra de Hamlet, el negro de aquella noche tétrica de una calavera blanca, ligeramente amarilla, sobre la blancura de su mano de príncipe. Precisamente la duda como color en la vida. ¿Pudiese ser?... Los colores en la vida son del tono de quien los vive y los siente. Son grandiosos, tristes, alegres, confiados, sensuales, de esperanzas y de penas; pueden nacer a menudo del amor o del crimen, de la codicia, la envidia o el ensueño. En el arco iris que se cruza en el destino, el color es uno solo: ser. Es la afirmación de la vida, pero su interpretación se escapa frecuentemente en el misterio de la sencillez que aladamente danza por la naturaleza madre.

En el «Bolero», de Ravel, hay un color como vida que se oculta en los pétalos de una rosa blanca, pero es fugaz el color y el perfume. En «Goyescas», de Granado, el color puede ser como la sonrisa de la Gioconda: nieve entre rojo y grana. El sensualismo va en las notas como se refugia en unos labios de mujer. La delicadeza de un encanto, sea música, pintura o deseo, puede ser de un blanco de lirio

que es despertar del día entre irisaciones de sol.

Recuerdo que el color sugestionaba el ánimo y, con éste, la razón; bien podemos hallarle en los contrastes de la aristocracia y la miseria. Entre las flores, el color es un suspiro que escarpó de la lira de Góngora, pero casi siempre yace prisionero entre encajes, sonrisas de mujeres, diademas y topacios. ¿Cómo decirte, pues, lo que es el color como vida? La sentí una noche en Cádiz, en el nervioso giro de una malagueña y bullir entre suspiros de plata, sobre el camino estriado de una guitarra... Y le vi una mañana en Cádiz, junto al mar, camino de San Fernando, cuando me acerqué a los campos de espuma con olas de azul y verde, con un puñado de sal en mi mano... Y le pude ver también en la mirada inconsciente, de ensueño y esperanza, cuando me miró al nacer mi primer hijo... Y cuando leí por vez primera:

«En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graciosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.»

Y en el anaranjado que nacía de un azul sobre el rostro de una morena; y en un verde que moría sobre nieve y entre labios; y en la tostada piel del hombre crucificado sobre el madero que sintió el genio de Velázquez...

¿Es acaso este el color como vida que tú presientes conocer? ¡Ah, si yo fuese dichoso, dando con el color en el papel!

Llegué una mañana por caminos retorcidos hasta un pueblecillo humilde que llaman Minas de Santa Quiteria, y acaso que allí di con ese color de que tratamos. Se acercó hasta mí un chiquillo encantador. Diez años entre harapos. Una remendada chaqueta de hombre ocultaba la carne de un niño. La piel rosada, brillante; ojos traviesos con promesas de alegría y afanes. Voz de oro, que reía al escapar de una boca repleta de perlas alineadas. La miseria le tenía atenazado entre casuchas de tierra y pedruscos, pisando descalzo, pareciendo un pilluelo sano, alegre, dichoso... ¿Estaría en este arrapiezo ese color? Y, la otra mañana, cuando me deslizaba por las calles de Madrid, al llegar a la calle de la Libertad, se cruzó en mi camino una criatura de unos doce años. Le miré a los ojos y los vi tristes, apagados... ¡Aquí, aquí estaba el color como vida! Estaba en su expresión de pena y miseria; en su amarilla carita, en su piel sucia y en el impulso de su mano, como si fuese a pedirme una limosna.

Le vi que me decía:

—Tengo mucha hambre.

¿Hambre en estos días?... Y comió, sí, comió un trozo de pan que me proporcionó una tabernera.

Como un sonámbulo salí a la calle pensativo. Crucé por diferentes pensamientos angustiado, tristemente caminando al azar, y como por encanto llegó hasta mí tu pregunta o tu deseo: El color como vida.

Aquí le tienes en el papel. Ni está en el arte, ni en el amor, ni en el ensueño.

Se refugia en la miseria. En los ojos traviesos y tristes de los niños que son pobres.

Ayuda a

S. I. A.

Ayuntamiento de Madrid

DIVULGACION AGROPECUARIA

Ciclo biológico de la vid

A excepción de los países cálidos, donde la vegetación de la vid es continua, en los demás la vida de la vid se divide en dos períodos: uno, en el cual la vid suspende toda actividad, que coincide en nuestros climas con el otoño e invierno; y otro, durante el cual se manifiesta la vida de la planta por el desarrollo de brotes, flores y frutos, que coincide con la primavera y verano. El primero se llama de «vida latente» y el segundo de «vida activa».

Las diferentes fases de vida activa de la vid son: el lloro, la brotación, la foliación, la floración y la fecundación, el desarrollo del grano y la maduración, y, por último, el agostamiento y la defoliación.

El paso de la vida latente a la vida activa es el llamado «lloro de la vid», fenómeno debido a la absorción de agua por las raíces, y que se escapa por las heridas de poda.

Tiene lugar pasado el invierno, en cuanto empieza a elevarse la temperatura ambiente.

Brotación.—Es la entrada en vida activa de la planta que se manifiesta pocos días después del lloro, por el engrosamiento de las yemas primero; después, por la caída de las escamas protectoras y aparición de los brotes o tallos, con sus hojas rudimentarias, cuyo crecimiento tiene lugar a expensas de los materiales de reserva de la planta.

Requiere la planta para brotar una temperatura apropiada y una humedad del suelo y del ambiente, que sean suficientes. Para nuestras viníferas esa temperatura es de 9 a 12 grados, según las variedades sean tempranas o tardías.

Foliación.—A medida que la temperatura ambiente se va elevando, las hojitas rudimentarias y los brotes se van desarrollando más o menos rápidamente, según las oscilaciones de la temperatura, hasta el momento de la fecundación de la flor. Entonces disminuye el crecimiento de los pámpanos, dirigiéndose toda la actividad de la planta a la formación del fruto. La formación de nuevas hojas cesa cuando se llega a la madurez del fruto. En agosto se inicia otro movimiento

de savia, dando nuevo empuje a la vegetación.

Floración y fecundación.—A los veinte o veinticinco días de la brotación aparecen los racimos. La floración es la apertura de las flores, las cuales aparecen un mes después que los racimos, o sea, dos meses después de la brotación.

Tiene lugar cuando la temperatura media consistente está comprendida entre 15 y 25 grados. Requiere, pues, una atmósfera caliente y más bien seca. Durante este período no deben darse labores, porque la evaporación que a consecuencia de ellas se produce perjudica a estas funciones de la planta.

Ya hemos visto en qué consiste el «fenómeno» de la fecundación. Requiere también esta fase una temperatura elevada de 20 a 25 grados, una atmósfera más bien húmeda y algo de viento moderado. La fecundación tiene lugar de siete a once de la mañana. Las lluvias frías y los descensos bruscos de la temperatura le perjudica, ocasionando el corrimiento de la flor.

Desarrollo del grano y maduración. Verificada la fecundación, comienza el desarrollo del ovario, diciéndose que el grano está enajado. Sigue todavía de color verde, cumpliendo las funciones de los órganos provistos de clorofila. Su sabor es ácido; todavía tiene poca azúcar. Va aumentando, rápidamente, en peso y en volumen, almacenando ácidos y un poco de azúcar. Este período dura de treinta y cinco a cuarenta y cinco días. Después, el crecimiento queda estacionado, se forman las pepitas y el grano cambia de color al poco tiempo, cambio que se denomina «enverado». El azúcar aumenta y los ácidos disminuyen. Vuelve entonces a crecer el grano; cuando el aumento de azúcar queda estacionado, el fruto ha alcanzado su «madurez», que se reconoce por la transparencia de la piel, existencia de líquido en la pulpa y semillas sumergidas en ella, color amarillo pajizo en las variedades blancas y rojizo en las tintas, desprendiéndose el grano del pedúnculo con facilidad.

En números sucesivos continuaremos los presentes trabajos.

«Cultura es libertad»

«Una educación acertada—dice el cuento de «Los perros de Sicurgo»—refrena las pasiones, hace al malo bueno y al ignorante culto. No se culpe al hombre ignorante y malo si no ha tenido buenos padres y hábiles maestros. Cúlpele a los que no han sabido o querido educarlos». He aquí lo que les sucede, deplorablemente, a tantísimos soldados de nuestro glorioso Ejército Popular que, hasta cierto punto, constituyen un «caos» de incultura y analfabetismo, y no ya por culpa de ellos mismos, no, que, aunque incultos, siempre se aprestaron admirablemente a la lucha que tenemos entablada, impulsados por sentimientos puramente humanistas y su espíritu eminentemente liberal y federalista que éstos poseen, sino por culpa de quienes no supieron o quisieron educarlos, basados en las normas y principios racionalistas y filosóficos, según lo necesitaba y exigía el valor psicológico y espiritual de la inmensa mayoría de los trabajadores de España.

«Cultura es libertad». Culturar a los soldados de nuestro heroico, potente y disciplinado Ejército es un factor importantísimo, casi irremisible para lograr la victoria. Porque así se ha com-

prendido o reconocido, han sido creados los «clubs» culturales en la totalidad de las brigadas, de los batallones y de las compañías, a fin de educar, instruir y culturar a los soldados, en los que ya se observa, con gran notabilidad, la extinción o decrecimiento de la incultura y analfabetismo de éstos.

Camaradas del Ejército republicano, carentes o ayunos de cultura: la enseñanza, la escuela, mejor dicho, es el pan espiritual vuestro, de que no podéis prescindir. La escuela, que no es otra que los «clubs» de referencia, de que disponéis en vuestras brigadas compañías y en vuestros batallones, es a la que procuraréis asistir lo más perseverantemente posible y con el mayor entusiasmo, en la completa seguridad de que siempre hallaréis en ellos unos cuantos compañeros de buena voluntad y con cierta capacidad moral, social e intelectual para educarte, instruirte y culturar cuanto nos permita nuestra más o menos fútil o aceptable inteligencia, ya que ello redundará en beneficio tuyo y de la causa obrerista en general que defendemos.

Emiliano MEDINA

De la 193 Brigada Mixta.

Chamberlain rectifica su posición. Como en las charadas, la solución mañana



Página 4

ORGANO DE LA FEDERACION PROVINCIAL

LA RAZON DE NUESTRO TRIUNFO

Es muy obvia. Entre luchar por la libertad y luchar por la tiranía, la elección no es dudosa.

El fascismo, régimen autoritario cien por cien, no se aviene, no puede avenirse con las concepciones libertarias de nuestro individualismo racial. El fascismo es la afirmación de las tenebrosas hegemonías del Estado autócrata y liberticida, cesarista y pretoriano, que Roma personificó en sus hombres tan depravados como despreciables. El fascismo es la guerra, exaltación brutal de un patriotismo que no es otra cosa que una matanza, que una carnicería espantosa a que se lanzan los hombres por una «razón de Estado». El fascismo es el afianzamiento de la autoridad, del poder, de la voluntad de dominio, en beneficio de un malvado, de un testarfero o de un bruto, y en perjuicio de la soberanía de los pueblos, que la Naturaleza ha hecho libres y cuya voluntad de ser libres ha de ser fatalmente, necesariamente, más fuerte que la voluntad de poder de todos los neuróticos y epilépticos, que la estulticia o la ceguera de las masas han deificado. El fascismo necesita de eunucos y de imbeciles, de autómatas. A los mandarinnes fascistas les basta con que en su cotarro no haya más testículos que los suyos. Nada de hombres; moléculas que se dejen prostituir fácilmente, para rodar a sus pies y lamerles los calcañares; mujerucas que se dejen montar por sus capataces de recua. La voluntad de ser libre es algo que sólo puede darse en hombres dignos. Y la dignidad es patrimonio exclusivo de los «machos».

Por eso la libertad nos invita a la rebelión, a la revolución. Y hasta en esto, hasta en su lenguaje se diferencian enormemente la autoridad y el fascismo. Fíjate bien, lector. La autoridad «te manda»; la libertad «te invita». La fealdad de la autoridad es tan grande, tan espantosa, que obliga el mandato; la belleza de la libertad es tan atractiva, que le basta con una invitación. Por eso una y otra te hablan en lenguaje tan dispar: «Pena de muerte al que no me siga», dice la autoridad. «El que me ame que me siga», dice la libertad. Si no hablaran así, ni los autómatas irían al fascismo, ni los hombres irían a la revolución. La naturaleza del esclavo y la del hombre libre es tan profundamente divergente, que exige esta diferencia de lenguaje.

Con el fascismo la autoridad trata de afirmar su soberanía, cimentándola en la servidumbre de los pueblos; con la revolución la libertad trata de devolver la soberanía a los pueblos, fundamentándola en la autonomía del individuo. Y para esto, la autoridad necesita esclavos, dispuestos a marchar uniformados, a coger un fusil y a matar al toque de corneta, convirtiéndose de autómatas risibles en asesinos miserables. Y la libertad precisa hombres dispuestos por un imperativo categórico a defender la autonomía de su personalidad, luchando y muriendo en defensa de la independencia de cada uno de sus semejantes.

Y ahora, dime, lector, ¿qué prefieres? ¿El fascismo que esclaviza o la re-

volución que redime? Yo te emplazo ante esta disyuntiva. Y ante ella no puedes encogerte de hombros; has de pronunciarte por uno de sus términos.

O te decides por el fascismo, que es el sacrificio estéril de los pueblos, para satisfacer las ambiciones de un malvado o de un loco, o por la revolución, que es el esfuerzo fecundo de los pueblos, para satisfacer las aspiraciones de la Humanidad.

O por el fascismo que es la guerra, huracán de apocalipsis fecundo en renunciaciones, o por la revolución, que es una tempestad, fecunda en alumbramientos redentores.

O por el fascismo que endiosa a los vencedores y esclaviza a los vencidos, o por la revolución que dignifica por igual a todos, a vencidos o vencedores.

O por el fascismo que es el triunfo del egoísmo animal, salvaje, primario, o por la revolución que es el triunfo del altruismo hominal, abnegado y generoso.

O por el fascismo que es el azote de los pueblos, el asesinato de la Humanidad, el Gólgota de la libertad, la negación de la autonomía de la individualidad humana, o por la revolución que es la emancipación de los pueblos, la regeneración de la Humanidad, el tabor de la libertad, la afirmación de la autonomía de la individualidad humana.

¿Por cuál te decides, amigo lector? No tienes tiempo que perder. Vivimos en una época en que los acontecimientos se precipitan con la celeridad del rayo.

Si te decides por el fascismo, eres un suicida que cavas tu sepulcro o, a lo más, eres un esclavo que forjas tus cadenas. Mereces el castigo de Sísifo, porque entre ofrendar la vida a la tiranía y ofrendarla a la libertad, los hombres no dudan. Dudan los esclavos, que no conciben la vida sin látigos. Dudan los esclavos que no aman la libertad, tal vez porque el exceso de servidumbre acaba por producir, como el hambre excesiva, la inapetencia de libertad, manjar exquisito que sólo alcanza a saborear el hombre libre.

Si te pronuncias por la revolución, eres un hombre que afirmas la soberanía natural de tu individualidad o, a lo menos, eres un esclavo que rompes tus cadenas. Mereces la glorificación de Hércules. Y las generaciones futuras bendecirán tu nombre porque habrás acabado con el fascismo, ese monstruo sin alma, que alimenta sus caballos apocalípticos con carne humana, igual que Diómedes, aquel rey fabuloso de la Tracia, que murió a manos del héroe más famoso de la Grecia mitológica.

Lector amigo, hay verdades que no está de más que se repitan hasta la saciedad. Y una de ellas es ésta: o acabas con el fascismo o el fascismo acabará contigo.

Nada más; en tus manos está conjurar el rayo que ha de destruirte. ¡Ojalá que no tengas que lamentar sus estragos!

Mariano VIÑUALES

¡Hitler acusado como vulgar asesino por Franco!

Reportaje sensacional por LUIS ELVIRA

Hitler se ha manchado las manos como un vulgar asesino. La acusación es algo sensacional en estos días que se deslizan por el mapamundi como visión dantesca. Precisamente la Historia, libro siempre abierto a las generaciones, tenía que registrar este suceso. La voz atiplada del generalísimo Franco rompe la monotonía de una tarde invernal.

El pícaro duendecillo, que velozmente cruza las distancias, nos está revelando estas importantes y curiosas confesiones. Hagamos un poquito de historia y retrocedamos al año de 1926.

Dar-Riffien, acuartelamiento del Tercio. Dominios del célebre Millán-Astray, del comandante Badía y del tristemente suboficial Cobos.

La explanada que se brinda al pie mismo de un casino recientemente construido, está materialmente invadida por un cuerpo de ejército.

Por la puerta que da acceso a esta explanada, de espaldas al mar, penetra un jinete al que sigue su séquito.

Es el duque del Infantado.

Llega como regía visita, y las trompetas y tambores, una vez más, instrumentan aires de charanga.

Franco y Millán-Astray le abrazan conmovidos. Millán-Astray es un «clown» perfecto. Franco pone los ojos en blanco. Cuando se reconquistó Nador, también puso los ojos en blanco. El rancho Suárez solía decir, frecuentemente: «A Franquito le gustan los manguitos».

Después del consabido desfile militar, un asistente penetraba en la peluquería y reclamaba al pabellón de oficiales la presencia de Fausto Grat.

Al penetrar en el dormitorio del teniente ayudante, le enteran que es al general Franco a quien tiene que afeitarse.

Al llegar a su presencia, un coro de oficiales le rodea, a los que dice solemnemente:

—Hay que velar por España, señores oficiales.

Ya en una habitación, donde el sibilismo impone algún respeto, el general se pone en manos del barbero. Apenas ha comenzado a jabonarle el rostro, cuando Franco le pregunta seriamente:

—¿Tú eres Fausto Grat?

—A sus órdenes, mi general.

—Tengo algunas referencias de ti, y desearía que en lo sucesivo tuvieses más tacto para tus aspiraciones.

—No lo comprendo, mi general.

—Aun no se ha podido confirmar, pero tengo en mi poder una cuartilla de la que se dice ser tú el autor... Son unos versos sobre la redención del paria. ¿Qué dices a esto?

—¡Pero si en mi vida escribí poesía!

—Abre, que han llamado.

Apenas abierta la puerta, el comandante de acuartelamiento penetra como una exhalación:

—Mi general. El coronel Millán-Astray desea entrevistarse con vuecencia.

—Dígale, comandante, que le espero.

Cuando el barbero se disponía a salir del cuarto, entra Millán-Astray dando esas zancadas características.

—¡Hola, Franquito!

—Siéntate, Pepe.

—¿Es este chico buen barbero?

—Admirable.

—Pues que me afeite.

A tiempo que Fausto Grat enjabona al coronel mutilado, éste enteran a Franco de lo siguiente:

—Existe mal de fondo, muchacho...

Alfonsito está del general jerezano hasta el tupé. Ni Berenguer puede aguantarlo. Si tú aceptas, Franquito, lo que se te ha propuesto, te esperan muchos días de gloria para la salvación de España. Eres el general indicado para el caso, pues ya sabes en el aprecio que te tiene la corona.

—Prudencia, Pepe. Nos está escuchando un figaro, del que se rumorea tener metido en el cuerpo el demonio en figura de rebelde...

—¡Caramba, chico! ¿Verdad que tú no te has enterado de nada de lo que aquí se ha dicho?

—Ni una palabra, mi coronel.

—Pues para que te enteres. Alfonsito es un rey crápula y sifilítico; el general jerezano, una víctima y Berenguer, una calamidad nacional.

La puerta acaba de crujir violentamente.

El general Franco acaba de desaparecer.

Una risotada de Millán-Astray es el epílogo a la escena.

(Se continuará.)

Toledo cómico

—Baje, «señá» Casilda, que tengo que darla un «recao» urgente para el tío Merejo. Pero baje «usté» con tiento, no ruede como una pelota.

—Aquí me «ties» como un ciclón... ¿Qué es lo que te pasa, Jaro de mil demonios?

—Que en cuanto pise hoy la calle que se fije con qué pierna rompe a andar el tío Merejo.

—¡Anda, anda, más que brujo! ¿Tú crees en esas chinchorrerías de misterio?

—No es misterio, «señá» Casilda!... ¡Que no es misterio! Que es que hay que romper a andar con la pierna derecha si no se quiere caer en desgracia.

—Pero ¿«quies» explicarte ya de una vez, que me «ties» frita?...

—Haga oídos. Chamberlain, el día que fué elegido jefe del Gobierno, saltó de su casa con la pierna izquierda, llegó al Consejo, chilló como un energúmeno, que parecía que se iba a comer a Eden, y resultado: que tan conservador se sintió, que hasta las piedras se le han «levantao» con arreglo a España. Y ¡pásmese en el milagro! Salió el otro día con la derecha de la conferencia que tuvo con Portugal y, ¡cátate!, que se ha «tercio» el conservadurismo a la siniestra, ha «arremetío» contra los totalitarios, que parece la Osa Mayor.

—¡Bah! Eso es que se habrá «cansao» de estar siempre en la misma postura.

T. Socializados del S. U. I. P. A. G.—C. N. T.